

## DISCURSO

PRONUNCIADO AL INAUGURARSE LA ESTATUA DE  
MENÉNDEZ Y PELAYO EN LA BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MADRID.

Señor:

La Biblioteca nacional recobra hoy a su lector más insigne. Cinco años há que nos le arrebató la muerte; pero la generosa admiración de sus compañeros y amigos de la Junta central de acción católica, acudiendo a la magia del arte, más poderoso que la muerte misma, le devuelve hoy, y para siempre a su amada Biblioteca. Le hemos contemplado al entrar en esta sala: medio envuelto en su airosa capa española, que por española implica una patriótica profesión de fe, más necesaria hoy que nunca, sentado en un sillón debajo y delante del cual hay diversos libros, y descuidado, como lo fue en su vida terrena, de todo aquello que no se refiera al mundo del espíritu, está absorto en su ocupación favorita: está leyendo y como invitando a estudiar, a cuantos, dejada atrás la escalinata que decoran majestuosamente las figuras más venerables del saber español, penetren en el amplio vestíbulo de este palacio de las letras, en que, día por día, se da a las almas el substancioso pan de la cultura.

¡Bien haya el acuerdo de la Junta central de acción católica, que, al honrar por medio de una de las bellas artes la memoria de nuestro gran polígrafo, ha favorecido sobremanera a la Biblioteca nacional, destinando para ella la hermosa estatua del más preclaro de sus directores! Como indigno sucesor de Menéndez y Pelayo en este honroso puesto, cumplo gustosamente el deber de dar muy cordiales gracias a la Junta por merced tan digna de estimación, y, tal deber cumplido, añadiré algunas otras palabras, obligado a ello por mi cargo, por la profunda veneración con que siempre re-

verencié a aquel amigo y maestro inolvidable, y, en fin, como individuo de la Real Academia española, a la cual represento aquí por designación de su ilustre director don Antonio Maura. Mas ¿de qué trataré unos instantes? ... Pues el hábil artista ha representado leyendo al sabio iniciador del renacimiento de los estudios literarios en España, trataré de Menéndez y Pelayo como lector, curiosísimo aspecto suyo, que sólo conocimos bien los contados escritores que nos honrábamos con su trato íntimo.

Todos los hombres cultos admiran y veneran a Menéndez y Pelayo como autor de cien libros magistrales: todos han gustado las apetitosas mieles de su poesía en las *Odas, epístolas y tragedias*, y han tomado el pulso a su profundo saber histórico y filosófico, al par que a su cristiano brío para señalar y combatir el error, en la renombrada *Historia de los heterodoxos españoles*; todos encarecen debidamente los asombrosos conocimientos bibliográficos y el noble amor a la Minerva patria demostrados en *La ciencia española*, libro valentísimo en que volvió por los fueros de nuestra gloriosa ciencia nacional, desconocida y aun negada por espíritus frívolos y pedantescos, malos hijos, renegadores de su madre, y, en fin, todos han estimado en su mucho valor la incomparable aptitud crítica que denotan en cada una de sus páginas obras tales y tan definitivas como la *Historia de las ideas estéticas en España*, los prólogos de la gran edición académica de Lope de Vega, la *Antología de poetas líricos españoles*, la de *hispano-americanos* y el insuperable estudio sobre los *Orígenes de la Novela*. Pues bien: con ser tan excepcional y prodigioso el mérito de Menéndez y Pelayo como escritor, aún valía más, mucho más, como lector.

Los que estudian las obras del sabio maestro montañés sólo se dan buena cuenta de lo que escribió; pero no pueden dársela de lo que sabía y no llegó a lucir

en ellas. Porque es cierto que aquel hombre singular, maravilla y portento casi increíble, sabía infinitamente más de lo que hay en sus libros: en el inmenso arsenal de su pensamiento guardaba materia bastante para triplicar, ¿qué digo triplicar?, para centuplicar su producción literaria. Fue desde la niñez un lector formidable; y como conservaba frescas e íntegras las especies de cuanto había leído, asimiladas, aumentadas y mejoradas con lo mucho que aquel poderoso entendimiento ponía de suyo al discurrir sobre sus lecturas, todo lo tenía a mano. La memoria no sabe mandar, sino obedecer; de ahí que para señora es pésima; pero cuando, sobre ser fácil, tenaz y expedita, está destinada a servir a un entendimiento rey, que sabe mandar y hacerse obedecer, entonces, como servidora fiel e insustituible, va y viene sin reposo, y, cruzando en un vuelo los más dilatados espacios de tiempo y de lugar, incontinenti trae a su dueño cuanto le pide. Este entendimiento y esta memoria privilegiadísimos fueron los que Dios quiso otorgar a Menéndez y Pelayo, como a una de sus criaturas más predilectas.

Así, entre los diversos beneficios que originaba el trato frecuente de aquel varón incomparable, puede citarse uno ventajoso por todo extremo: junto a Menéndez y Pelayo no había vanidad científica posible. Sabido es que, por desgracia, el estudio, como la sombra de ciertos árboles, suele hinchar a algunos sujetos, y por esto no es grata la comunicación con aquellos enreídos que se tienen, y aun se diputan y pregonan, por hombres eminentes. Pues bien, los que cada día conversábamos con el maestro no corriamos el peligro de caer en tal desdicha: lo uno, porque aprendíamos de él, y él era la llaneza hecha hombre, o mejor diría hecha niño, ya que, sin otro mundo que el de sus libros, conservaba en gran parte el gentil candor de los años infantiles; y lo otro, porque a la media hora de

hablar con aquel verdadero sabio, el más pagado de su talento y de su saber veía desmoronarse su presunción y conocía *velis nolis* que, como dicen, a todo hay quien gane, y que, comparado con el coloso, andábase muy en los rudimentos de lo que pomposamente había creído *su especialidad*. Vez hubo que en una agradable tertulia literaria de Sevilla, para probar, no nuestra suficiencia, sino el vastísimo saber del que todos teníamos y proclamábamos por maestro insuperable, nos concertamos para irle hablando cada cual de lo que mejor supiese, y, hecho así, a todos nos colmó las medidas, porque de cuanto se trataba sabía tanto, y tan bien sabido, que nos tuvo largo tiempo como colgados de sus palabras. Escuchándole y aprendiendo, sonreíamos y cruzábamos miradas de inteligencia, hasta que, al advertirlo él, nos fue preciso descubrir, con amistoso regocijo, nuestra conjuración.

En cambio de tamaños bienes, a un grave mal exponía—no quiero omitirlo—el tratar frecuentemente con Menéndez y Pelayo: al mal de tornarse perezoso. Ved qué claro es esto. Contando con la generosa amistad de aquel maestro sapientísimo, no era necesario despeñarse revolviendo libros hasta dar con las recónditas noticias que interesaba conocer. Con preguntarle se ahorra cualquier ese difícil trabajo, muchas veces infructuoso. El, invariablemente y sin vacilación, suplía a maravilla por cuantos libros salieron de los moldes de la imprenta, como si estos libros estuviesen abiertos ante los ojos por las precisas páginas en que se hallase estampado y explicado lo que deseaba saber el preguntante.

Mas no contentaba a Menéndez y Pelayo todo este saber, porque, en realidad, a las cosas insaciables que enumeró Salomón en su *Libro de los Proverbios* bien pudo añadir esta otra, *que nunca dice basta*: la curio-

sidad del sabio. Así, no satisfaciendo a la del inclito pensador lo mucho que había leído fuera de España, y en nuestra riquísima Biblioteca nacional, y en otras cien bibliotecas y archivos, solía ir por la primavera, en sus vacaciones de catedrático, bien a la hermosa tierra de Luis Vives, para disfrutar la notable librería de don José Enrique Serrano Morales, o bien a la sin igual Sevilla, en aquel buen tiempo en que la opulenta capital andaluza podía ufanarse de contar entre sus tesoros bibliográficos una copiosa y selectísima biblioteca particular de literatura española en que había casi tantas joyas como volúmenes; y era de admirar que mientras todos los habitantes de la espléndida ciudad de la Giralda bullían alegremente, gozando de cuanto la naturaleza y los hombres, como por apuesta, derrochan allí en la hermosa estación de las flores para recrear la vista y deleitar el espíritu, el infatigable cultivador de nuestras letras quedábase en sus glorias entre los amadísimos volúmenes, causa única de su viaje.

Esta inapagable sed de lectura llevó a Menéndez y Pelayo a juntar gran copia de obras científicas y literarias; y el que recién cumplidos los veinte años de su edad hacía gala, simpáticamente jactancioso, de la posesión de *sus estantes*, en los cuales, entre dos o tres centenas de libros, comprados muchos de ellos con el ahorriño estudiantil, ya guardaba con amor aquel *Horacio* viejo,

de mal papel y tipos revesados,  
vestido de rugoso pergamino,

y decía al inmortal vate de Venusa, en limpios y sonoros versos, lo que no habían sabido decirle, ni en verso ni en prosa, millares de humanistas encanecidos en el estudio de la antigüedad clásica, ¿qué mucho que treinta y cinco años después llegase a reunir cuarenta mil volúmenes, todos leídos y estudiados por su dueño?

Pero ¿debe allegar un solo hombre tanto caudal bibliográfico? os preguntaréis, y yo salgo al encuentro de esta pregunta. Cierto es que, por punto general, basta poseer pocos libros, a tenor del refrán que dice, repitiendo un consejo de Séneca: «Libros y amigos, pocos y buenos,» bien que tales obras deberán repararse con frecuencia, porque «libro cerrado no saca letrado,» y a los sujetos que los acumulan para aparentar una cultura que no tienen, es lamentable que se les pueda amonestar con palabras parecidas a estas que escribió fray Francisco de Osuna en su *Quinta parte del abecedario espiritual*: «Para mientes que no hazen al hombre letrado los muchos libros, que más embarazan que aprouechan, sino los pocos y bien sabidos. Los estudiantes que de pobres no tienen libros suelen aprouechar más en las escuelas, porque estudian bien esos pocos que tienen, y desta manera la pobreza los haze más sabios.» Pero de tal norma ya hacía Lope de Vega la debida excepción al dedicar a su hijo Lope Félix la comedia intitulada *El verdadero amante*, pues decía: «No tengo más que os advertir, si no os inclináredes a las letras humanas, de que tengáis pocos libros, y ésos, selectos.» Reconocía, por tanto, que no bastan pocos libros a quienes, como Menéndez y Pelayo, hacen profesión del estudio de las letras. De igual modo pensaba el doctor Cristóbal Suárez de Figueroa: «Regla es certíssima—dijo—hastar vn libro a quien estudia y quiere aprender, mas no mil a quien escriue y quiere enseñar. Débese por esso tener muchos, y leerse todos, que, al fin, todos enseñan.» Y, ciertamente, aun los libros más baladíes son tal cual vez de provecho en la biblioteca del hombre estudioso, porque, como solía decir Plinio el Mayor y repitió Cervantes, «no hay libro tan malo que no tenga algo bueno.»

Menéndez y Pelayo, sobre entenderlo así, compar-tía el profundo amor a los libros con cuantos varones

insignes les dedicaron las muchas alabanzas que merecen. Permitidme, señor, por la calidad del homenaje que tributamos, y hasta por el lugar en que este homenaje se celebra, que recuerde alguno de los más expresivos elogios que a los libros en general dedicaron los ingenios del siglo de oro de nuestra literatura. «Con razón el buen libro es buen amigo—escribía Mateo Alemán—; y digo que ninguno mejor, pues dél podemos disfrutar lo útil y necesario, sin vergüenza de la vanidad que hoy se practica de no querer saber por no preguntar; sin temor de que, preguntando, revelará mis ignorancias, y con satisfacción de que sin adular dará su parecer. Esta ventaja hacen por excelencia los libros a los amigos: que los amigos no siempre se atreven a decir lo que sienten y saben... y en los libros está el consejo desnudo de todo género de vicio.» Y fray Diego de Haedo, en uno de los diálogos que insertó a continuación de su *Topographia e historia general de Argel*, dice por boca del doctor Sosa: «Pues para tratar con ellos—con los libros—no es necesario caminar a lejas tierras, ni tomar aquel trabajo tan continuo de Euclides, que de Megara yua todas las noches a Athenas por oír a los filósofos, porque, como dixo Marco Tulio, a nuestro lado los tenemos quando queremos; en casa con nosotros están; fuera della nos acompañan, y en los caminos no nos dexan... Son, finalmente, alegres amigos, modestos compañeros, familiares muy blandos y discretos, no temerarios, no atreuidos, no voraces o robadores. Y si Dionisio Siracusano se tenía por dichoso y el más bienaventurado del mundo por tener en su casa a Platón, por poder gozar de su plática y doctrina, ¿en qué grado se estimarán los libros, en los quales tantos y tan ilustres varones nos tratan, nos conuersan y nos hablan de continuo?»

Eco de estas y otras voces fue la mía al escribir veinte años há que los libros «son los mejores amigos

que puede tener el hombre: silenciosos cuando no se les inquiere; elocuentes, cuando se les pregunta; sabios, como que jamás sin fruto se les pide consejo; fieles, que nunca vendieron un secreto de quien los trata; regocijados con el alegre; piadosos con el dolorido, y tan humildes, que nada piden ni ambicionan, y, por ocupar poco sitio, se dejan estar de canto en los estantes. ¡Oh, qué preciadísimo dón del cielo es poder evocar, como por conjuro mágico, las venerandas sombras de los maestros del saber, y conversar con ellos siempre que nos place, y sentir con sus corazones, y discurrir con sus luminosos entendimientos, y aprender de su madura y saludable experiencia!» Y esto mismo pensaba nuestro sabio polígrafo al exclamar con profunda pena, viendo llegada la hora de su muerte: «¡Morir, cuando tánto me quedaba que leer!...»

¡Murió el más insigne lector de España; pero leyendo está todavía, y leyendo estará perdurablemente! ¡Contemplémosle en su estatua! Si el Cid ganó batallas a los moros después de muerto, Menéndez y Pelayo, asimismo después de su muerte, gana batallas a la ignorancia y al error, que son los peores enemigos de los hombres. Vedle, señor, cómo, además de predicar con sus admirables libros, predica con el ejemplo, pues por el lugar en que le contemplamos y por la tarea en que se ocupa nos recuerda estas palabras que escribió en *La ciencia española*: «La generación presente se formó en los cafés, en los clubs y en las cátedras de los krausistas: la generación siguiente, si algo ha de valer, debe formarse en las bibliotecas: faltan estudios sólidos y macizos.» Ved, digo, cómo el maestro sin par, fijos los ojos en el libro abierto que sostiene en una de sus manos, dice a la actual generación con la muda elocuencia de su actitud, y seguirá diciendo a las generaciones venideras, que el estudio, virtud ennobecedora y la más sólida base del engrandecimiento de los pue-

blos, abre uno de los muy contados caminos que conducen al augusto templo de la fama.

No, no está en blanco, señor, la marmórea página en que la excelsa figura de Menéndez y Pelayo fija sus ojos con incesable insistencia: en esa página lee la fantasía, como clara alusión a las penosas vigiliass del estudio y al sazonado y apetecible fruto que las galardona, aquellos hermosos versos de Garcilazo:

Por estas asperezas se camina  
de la inmortalidad el alto asiento,  
do nunca arriba quien de allí declina.

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN

---

## DISCURSO

DE DOÑA BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ

Señor, señoras y señores:

Emoción inexpresable invade mi alma ante la solemnidad de este acto. Inaugúrase ese monumento en una hora de ruina y naufragio para el mundo y de reedificación para España: por todas las venas de la nación, antes exangües, siéntese el recio pulsar de una sangre nueva y generosa, en que reviven heroicos atavismos de imprescriptibles grandezas espirituales. Y en la preñsa febril y batalladora; en las tribunas de ateneos y academias; en el creciente resurgimiento cultural de las regiones; en el fuerte sabor nacionalista que recobran la arquitectura, la pintura, la música, la literatura y la lengua, que rechazan con brío de salud todo *despatriador* exotismo; hasta en el hervor de la conversación familiar, vibran palabras de alentadora esperanza, palabras y signos proféticos que sólo alcanzan unanimidad tan significativa al rayar la aurora de los grandes renacimientos nacionales.